



Don Diego Barros Arana

Desde ayer Barros Arana pertenece a la historia y a la inmortalidad.

Ha sucumbido a los 77 años, cargado de merecimientos, lleno de gloria, rodeado de la admiración de la gran mayoría de sus compatriotas.

Muere el mentor ilustre de la juventud liberal.

Ha rendido su tributo a la tierra el chileno que ha tenido más irradiación internacional en el último medio siglo. Fuera de nuestras fronteras, el nombre de Chile está asociado al de su gran historiador.

Cuando estuvo entre nosotros el almirante Howard, jefe de la comisión militar argentina, le hizo una visita en uniforme, con sus oficiales, sin conocerle, y después me dijo con su noble franqueza habitual:

«No me importa lo que dirán en Buenos Aires. Hé rendido homenaje al hombre más grande de Chile.»

Es imposible escribir de ligera, con la rapidez que exigen un diario y una tumba, una relación medianamente completa de lo que el país debe a este gran servidor público, pero sea permitido a nuestro cariño trazar este perfil de sus eminentes servicios, dejando a la historia el deber de escribir la biografía y bibliografía del señor Barros Arana, que aun no están hechas.

Barros Arana nació en los albores de aquel período de nuestra historia que se considera como el momento en que se manifestó por primera vez la intelectualidad chilena. Se ha querido encontrar el origen de aquel fecundo movimiento, en la emulación que despertaban en nuestra juventud, los emigrados argentinos que huían del despotismo de Rozas, y en el desdén y menosprecio que no ocultaban algunos de esos emigrados por la escasez de luces y la depresión intelectual de nuestra sociedad. Se ha dicho que los jóvenes chilenos, heridos en su dignidad nacional por el desdén de aquellos extranjeros, quisieron probar a éstos que eran tan capaces como ellos de luchar en el terreno intelectual, y que, empujados por ese noble estímulo, salieran a la palestra de la prensa, de la revista y del libro, los Lastarria, los Vallejo, los Sanfuentes, los Tocornal, los García Reyes, los Blest Gana, los Vicuña Mackenna, los Amunátegui, etc.

La explicación era muy halagadora para el amor propio de los emigrados argentinos, pero otra es la verdadera causa de aquella expansión intelectual.

En la época que eso ocurría (1842-46) un viento de libertad desperezaba los miembros aletargados de la sociedad chilena.

El espíritu público no puede desarrollarse cuando la autoridad está en acecho para cortar el vuelo a todo lo que choque con las ideas dominantes. La inteligencia humana no puede volar cuando una mano de hierro la comprime en las aulas: cuando la prensa está sometida a la vigilancia policial; cuando el libro está sujeto a depuración o a censura; cuando el teatro tiene delante de sí un agente de la autoridad para que califique sus tendencias. Y esto era lo que había sucedido desde 1818 adelante, y principalmente desde 1830, hasta que las puertas de la victoria abrieron paso, en 1841, a ideas más generosas y más compatibles con el progreso.

No digo que esa política de 1830 haya sido funesta, o que las medidas de rigor que adoptó no correspondieran a las necesidades del tiempo. Dejo constancia del hecho sin pronunciarme sobre él.

Pero, lo repito: el sol de 1841 rompió la corteza de hielo que oprimía el cerebro de los chilenos, y la reacción liberal, que abrió el espíritu público, coincidió con aquellos días en que atravesaban los Andes, en clase de proscritos, todas las eminencias argentinas.

Barros Arana, nacido en 1830, era un niño cuando se produjo esa gran evolución, pero alcanzó a sentir sus efectos en el colegio, y no es improbable que aquel ambiente moral determinara su inclinación a la lectura: su intenso amor al libro y al estudio, que le duró lo que la vida.

Poco tiempo después de salir del colegio se estrenó con un estudio sobre Benavides en que, aparte de la falta de flexibilidad en el estilo, natural en un principiante, se diseñan como en un espejo las cualidades características del gran historiador futuro.

He aquí, cómo presentaba García Reyes el nuevo escritor al mundo de las letras, en un prólogo corto que precede a ese libro:

«El autor de esta interesante relación ha hecho un buen servicio a nuestra historia. Sin pretensiones de una filosofía muchas veces vana y postiza, se ha contentado con echar las bases sólidas sobre las cuales debe formularse algún día.»

Barros Arana publicó este trabajo histórico en 1850. Tenía 20 años. La política lo sedujo como a todos los jóvenes de su tiempo, y durante la administración de don Manuel Montt, figuró en la falanje esclarecida de jóvenes que lucharon y padecieron por la libertad. Esos jóvenes eran los Errázuriz (Federico e Isidoro), Santa María, los Gallo, Vicuña Mackenna, los Amunátegui, los Matta, Espejo y muchos más.

Fué diarista de oposición y tuvo que huir de Chile, cumpliéndose en él lo que había escrito Alberti:

«La única libertad constitucional consagrada en Sud-América es hacerle oposición al Gobierno. . . cordillera de por medio.»

Fruto de aquella hora de batallas y de tremendas pasiones es el *Cuadro histórico de la administración Montt* que escribió en 1861, y que vió la luz pública el mismo día en que don

Manuel Montt deponía el mando. Hay, entre ese libro y el opúsculo sobre Benavides, la diferencia que dan once años de práctica literaria. Probablemente no se ha escrito en Chile hasta hoy ningún otro de su clase que le sea comparable, como historia de combate, como ataque sangriento en el fondo, imparcial y sereno en la forma, destinado a provocar un movimiento de reacción en contra de un régimen de Gobierno y de los hombres que lo representaron.

Durante sus años de destierro, Barros Arana visitó la Argentina, que era su segunda patria, porque lo era de su madre, de apellido Arana, hermana de don Felipe, que había sido el Ministro de Gobierno de la dictadura de Rozas. Después recorrió la Europa, y preocupado ya como lo estaba de los dos grandes amores de su vida, la enseñanza y la historia, visitó los establecimientos de instrucción, y pudo ver cuánto había que trabajar en Chile para colocar la educación pública en un pie digno de aquellos adelantos.

Entonces empezó a reunir los elementos de la grande obra que preparaba, la *Historia General de Chile*, adquiriendo cuanto libro tuviera relación con nuestro país, y registrando los archivos coloniales de España.

He hecho mención de los escritos políticos de Barros Arana.

La política no era terreno apropiado para él.

La política vive de transacciones. Esto la obliga a buscar de preferencia sus favoritos en los términos medios de la inteligencia y del carácter.

Cuando no hay en juego una gran causa nacional, o cuando los partidos no luchan por ideales definidos y fuertes, los hombres públicos valen más por sus defectos que por sus cualidades.

El ciudadano ilustre que lloramos, no estaba organizado para rendir homenaje a esas situaciones equívocas. Tenía demasiada altivez de espíritu: era incapaz de la lisonja. Se expresaba con una sinceridad chocante para el convencionalismo político, lo que lo alejaba de las situaciones creadas por ese convencionalismo.

Puede esto ser un defecto para la política. Pudo esto alejarlo de ese teatro que se disputa la vanidad humana; puede

no ser «práctico» en el sentido vulgar de la palabra, pero es honrado; y los que le escuchábamos aquellos juicios, en apariencia ásperos, no podíamos menos que admirar el fondo de rectitud moral de que aquellos emanaban. A través de sus palabras se trasparentaba la sinceridad de su alma, y al oírlo, los espíritus bien templados sentían la satisfacción que experimenta el observador de la naturaleza cuando ve un hilo de agua transparente y pura deslizarse bajo los riscos angulosos de la puebrada.

Debido a esto no figuró en la política sino ocasionalmente. Otro fué el campo de su grande y fecunda actividad.

* * *

En 1863 fué nombrado rector del Instituto Nacional. Ese nombramiento fué el punto de partida de una gran evolución de la enseñanza.

Barros Arana comprendió que para colocar el Instituto al nivel de la instrucción moderna, había que emprender una reforma trascendental.

Malo como era el Instituto en 1863, era lo mejor que había en Chile en materia de estudios, como que entonces y siempre los colegios particulares no han hecho otra cosa que procurar imitar al Instituto, poniéndose a la altura de su profesorado, que ha sido siempre el mejor del país. El Estado ha tenido orgullo en ir marcando el rumbo en materia de enseñanza.

Pues bien, a pesar de eso, en 1863 la educación del Instituto dejaba mucho que desear.

Es cierto que la escolástica y la palabrería teológica, que fueron la base de la instrucción en el primer tercio del siglo XIX, en todo país de raza española, habían empezado a ceder su lugar a los estudios de humanidades, pero de una manera muy limitada, y con mucho beneficio de inventario. En cambio, las ciencias experimentales estaban excluidas de los programas, en parte por sistema y también por ignorancia,

porque ni el público comprendía la importancia de ellas, ni había profesores capaces de enseñarlas.

Había, pues, que acometer una gran reforma, la que consistía sustancialmente, en lo siguiente:

a) Hacer obligatorios en el plan de estudios, los principales ramos de las ciencias experimentales, como ser la historia natural, la química, la física y las matemáticas, las que constituían ya el fundamento de la educación en todo el mundo civilizado.

Sin hacerlos obligatorios no se habría conseguido nada, porque las preocupaciones religiosas se oponían al estudio de las ciencias y además porque los padres—entonces como hoy—se interesaban únicamente en que sus hijos obtuvieran en el menor tiempo posible un título profesional.

b) Enseñar y mejorar el estudio de las humanidades, procurándose buenos textos, traducidos al principio, nacionales después, para esas asignaturas; conseguir profesores competentes para la nueva enseñanza.

Barros Arana, como todos los jóvenes de su generación, había recibido una educación deficiente. Además de que no podía recibirla completa porque no la había, su padre lo sacó muy temprano del colegio y lo envió a trabajar a un fundo del departamento de Melipilla, porque los médicos creyeron que la constitución débil del joven estudiante lo condenaba a una muerte muy próxima, y que no era conveniente fatigarlo con estudios.

Casi es innecesario decir que fué mal hacendado. Entre los libros de su padre que había en aquella propiedad, encontró los primeros tomos, los relativos a la botánica, de la *Historia de Chile* de Gay, y se consagró con la admirable tenacidad de que dió pruebas en su vida, a estudiar ese libro y comprender una ciencia que le era completamente desconocida.

Entre tanto el campo andaba de su cuenta.

El mal resultado de sus trabajos agrícolas lo hizo volver a Santiago y encarrillarse en otros más conformes con sus inclinaciones.

Poco después, publicó el opúsculo sobre Benavides. Aunque desde entonces hasta 1863 había extendido bastante sus

conocimientos con la lectura y los viajes, necesitaba ensancharlos mucho más, cuando acometió la reforma de la enseñanza, para ponerse en aptitud de apreciar el trabajo de los profesores en asignaturas nuevas, como eran las que se iban a implantar. En pocos años lo consiguió y sus alumnos pudieron ver con asombro al rector concurrir a casi todas las clases de humanidades y de ciencias e interrogarlos sobre sus estudios a la par del profesor y con tanta competencia como la de éste.

Para suplir la insuficiencia o más bien la carencia [de buenos textos, escribió su libro sobre la Literatura, la Historia Literaria en dos volúmenes, un excelente manual de geografía física, y una Historia de América desde el descubrimiento hasta después de la Independencia, que a la par que texto de enseñanza, es un gran libro de consulta.

Por empeño de él, el sabio doctor Phillippi abrió una clase de Historia Natural con 50 pesos de sueldo, y escribió un texto del ramo adoptado a la zoología y botánica de nuestro país; libro en cierto modo monumental, que sirvió de base a la enseñanza de esta asignatura durante muchos años.

Pero todavía con eso no se había conseguido nada.

Fué preciso librar una batalla de seis años, para que las ciencias se incorporasen definitivamente en los estudios y especialmente la historia natural, que era la que suscitaba más resistencia.

Un errado prejuicio teológico que se puede formular así: que el estudio del cuerpo aleja del estudio del alma, se oponía a la introducción de ese ramo en el plan de la enseñanza. Hubo que luchar a brazo partido para dominar ese prejuicio. Bueno es que lo sepan los jóvenes para que conozcan cuánto trabajo ha costado levantar el modesto edificio de cultura que hoy tenemos.

La reforma se implantó, pero las influencias reaccionarias consiguieron que el Gobierno dictara un decreto declarando voluntarios esos estudios, después de estar incorporados en los programas o que importaba lo mismo que dejar las clases desiertas.

Barros Arana, ayudado por la opinión liberal, consiguió después de muchos esfuerzos hacer derogar ese decreto en 1867.

La lucha no concluyó aquí.

En 1872, dos miembros de la más alta jerarquía eclesiástica presentaron un proyecto de acuerdo al Consejo de la Universidad para anular por segunda vez la obra iniciada, pidiendo que se declarasen obligatorios para obtener el grado de bachiller solamente los exámenes de religión, de filosofía, de retórica y de gramática castellana.

La nueva tentativa fracasó en la Universidad. Durante la discusión de ella se hicieron oír los argumentos fundados en la dualidad del alma y el cuerpo; de la tierra y el cielo.

No quiero levantar tormentas al borde de una tumba, recordando los motivos que determinaron al señor Barros Arana a presentar la renuncia de su cargo de rector del Instituto en 1873.

Me limito a consignar el hecho y la fecha.

Al abandonar el rectorado conservó el puesto de profesor hasta sus últimos días.

El ilustre anciano, doblado y achacoso, iba diariamente al Instituto a hacer sus clases. El Instituto era su club. Allí todos, profesores y alumnos, lo agasajaban con veneración. «Voy al Instituto, me decía un día, por cariño al establecimiento, y agregaba, riéndose: no por amor al dinero. Gano por hacer mis clases 37 pesos mensuales más que estando tranquilo en mi casa.»

¡Ah! es que la enseñanza fué la pasión de su vida.

La reforma de 1863, siendo una gran innovación para la época, se encontró atrasada algunos años después. Se vió que era necesario cambiar el sistema pedagógico, implantando el que se titula concéntrico o moderno; pero su adaptación requería traer un personal de fuera, hiriendo las susceptibilidades legítimas del viejo profesorado nacional.

El más eminente de ellos, el señor Barros Arana, lejos de sentirse lastimado, le abrió paso a la nueva corriente con la serenidad del que no aspira sino el mejoramiento de la instrucción.

Jamás su pluma formuló una protesta por el ostracismo a que lo condenaba esa reforma. Por el contrario, el profesorado alemán no tuvo mejor amigo ni más entusiasta.

¡Rasgo es éste que enaltece su espíritu más que todo lo que yo pudiera decir en su elogio!

Y aquí es del caso que recuerde, antes de despedirme del ilustre reformador de la enseñanza, otro aspecto de su influencia en el rectorado del Instituto.

Una vida entera me separa de la época en que fuí alumno del señor Barros Arana, pero tengo fresco el recuerdo de la influencia moral que el rector ejercía en nosotros.

El colegio no era sólo de enseñanza: era también colegio de enseñanza cívica. Había entre todos los alumnos la más perfecta igualdad. Las categorías sociales no existían entre nosotros. Las diferencias de fortuna no creaban excepciones. En el colegio ella no daba derecho a nada.

Los muchachos vivíamos alternativamente en las clases y en la biblioteca. Había emulación de saber. Si contábamos con satisfacción los resultados que obteníamos en los exámenes, contábamos con orgullo los libros que habíamos leído.

El ejemplo del rector nos infundía entereza moral. Cada uno tenía su opinión. Buena o mala, era la propia. Sentíamos respeto reverencioso por el mérito verdadero; pero no estábamos dispuestos a aplaudir a las mediocridades, cualquiera que fuese la posición que ocupaban. El oportunismo no penetró por las rendijas de las viejas murallas.

En ese molde formó el señor Barros Arana la generación a que yo pertenezco.

Si alguno de mis antiguos condiscípulos lee estas líneas, no podrá menos de reconocer que aquellos lejanos tiempos son acreedores a este recuerdo de gratitud y de verdad.

* * *

El Gobierno de don Aníbal Pinto nombró al señor Barros Arana Ministro en la Argentina y el Brasil (1).

(1) El Sr. Barros Arana fué nombrado Ministro en Argentina en Abril de 1876, durante la Administración de don Federico Errázuriz.

Su misión tenía por objeto procurar un arreglo en los límites de ambos países. El negociador firmó un tratado que se asemeja mucho al de 1881. Entonces aquella solución se consideró mezquina. El país pedía más. El Gobierno lo desautorizó y el negociador se fué a Europa.

Vuelto a Chile le correspondió tomar una parte decisiva en la confección del tratado de 1881.

Se creyó que la cuestión de límites había concluido, pero no era así. El fuego quedó tapado con ceniza diplomática: nada más.

El fuego prendió con caracteres más graves en 1896.

Barros Arana fué nombrado perito por parte de Chile.

No es este el momento de recordar los incidentes de aquella agitadísima cuestión, en que el perito de Chile reveló tener profundos conocimientos de la materia en debate y raras condiciones de carácter.

La cuestión rodaba alrededor de esto: Chile decía: lo pactado es la línea divisoria de las aguas y en caso de desacuerdo, el arbitraje.

La Argentina negaba lo primero y contestaba con evasivas a lo segundo. Mientras tanto enviaba sigilosamente sus colonos, sus policiales, y su ejército, a ocupar el territorio disputado, para crearse un título de dominio que sabía que el árbitro tendría al fin que respetar.

Y con ese doble juego, secundado por nuestra debilidad (empleo la palabra más suave posible) perdimos lo que era nuestro por el tratado y por la geografía. El manto histórico de nuestra nacionalidad se repartió como la capa de Cristo.

Contra eso combatió Barros Arana con heroica energía.

El país devolvió al perito, los aplausos que había negado al diplomático, y una aureola de patriotismo circundó su gloriosa frente.

* * *

Lo ya dicho bastaría para satisfacer el anhelo de gloria de cualquier hombre. Sin embargo, me falta recordar al escri-

tor, que es lo más culminante de la vida de Barros Arana. No hay una bibliografía de sus trabajos literarios, y es difícil hacerla, porque su inmensa labor está repartida en libros, en diarios y revistas, algunos olvidados de la actual generación.

Grosso modo pueden clasificarse así:

1.º Artículos políticos, de ordinario sin firma del autor.

2.º Artículos de revistas.

Algunos de ellos figuran en la primera línea de las investigaciones históricas. Así, por ejemplo, el que publicó en la *Revista Chilena* sobre la desobediencia de San Martín en 1820 y sobre la actitud del clero y del episcopado en América durante la revolución de la Independencia.

3.º Libros didácticos.

He hecho mención de algunos de ellos. Entre esos libros los hay que, más que manuales de enseñanza, deben estimarse como obras de aliento y de profundo saber.

4.º Libros relativos a la historia de Chile anterior a 1833.

Los más notables de ellos son: *El proceso de Pedro de Valdivia*, *Las riquezas de los jesuitas en Chile*, apoyados ambos con documentación nueva sacada de los archivos de España; la *Vida de Magallanes*, que ha sido traducida al portugués, y que se estima como un libro clásico sobre el famoso navegante; la *Historia de la Independencia*, en 4 tomos, que publicó siendo muy joven; las *Campanas de Chiloé*, y probablemente otros que se me escapan en este rápido bosquejo escrito al correr de la pluma.

Todos estos libros se han refundido en su *Historia General de Chile*, por las materias de que tratan son parte de ella; afluentes que caen al lago remanso y cristalino.

Cada libro de esos fué una novedad de investigación histórica en el tiempo en que apareció.

5.º Su grande y monumental *Historia General de Chile*, que llega hasta la promulgación de la Constitución de 1833.

6.º Las biografías de vasta extensión, que más que la vida del personaje retratan la época en que figuró.

A este número pertenecen las de don Miguel Luis Amunátegui; de don Claudio Gay, que publicó en la *Revista Chilena*, la del doctor Philippi.

Del mismo orden, pero de menor importancia, son las de Freire, de Beauchef, de Borgoño y de los generales españoles que figuraron en la guerra de la Independencia en Chile y en el Perú.

7.º Trabajos sueltos que no corresponden a las clasificaciones anteriores:

La *Historia de la Guerra del Pacífico*, que publicó por encargo del Gobierno de Pinto.

Pinto quiso que hubiera un libro sobre esa guerra y sus causas, que el Gobierno pudiera repartir en Europa, para contrarrestar la mala impresión que formaba en la opinión universal la manera cómo presentaban esos sucesos los agentes del Perú. Ese libro, para ser creído, requería que fuese escrito por un neutral, de modo que el lector europeo no alcanzase a sentir los latidos del patriotismo chileno. Por difícil que eso fuera para un hijo de nuestro país, escribiendo al calor de los sucesos, Barros Arana lo consiguió.

Por esto, el que lea ese libro, no busque en él colorido, emoción, palpitations de patriotismo. Conténtese con encontrar verdad inexpugnable, exactitud en los hechos y justicia para apreciar a los adversarios, y eso lo encuentra.

Gracias a eso tuvo gran aceptación en Europa.

Otra gran obra, que en cierto modo es continuación de la *Historia General*, aunque en el hecho es independiente de ella, es el *Decenio de la Historia de Chile*, o sea, la administración Bulnes, obra con que el venerable sabio coronó su gloria y terminó su vida.

La filosofía de este libro es poner de manifiesto que en el decenio del 41 al 51, el país probó que estaba preparado para la libertad, y que cada vez que en ese período hubo restricción autoritaria, la paz pública sufrió quebrantos: o lo que es lo mismo que la libertad ya aseguraba el orden y el autoritarismo provocaba la revuelta.

El tema era sumamente escabroso, porque el lector no dejará de comprender lo que se oculta en el fondo de él, y lo ejecutó con una habilidad y una maestría de pluma que asombra que se pueda hacer eso en este país, a los 75 años de edad, donde la decrepitud se anticipa tanto.

La resurrección histórica que hace del Ministro don Ramón Luis Irarrázaval, de don Manuel Rengifo, de don Salvador Sanfuentes, de don Manuel Antonio Tocornal, de don Antonio García Reyes, es de las más interesantes. Y el homenaje que tributa al Presidente es un monumento que ha levantado a su memoria.

8.º Fuera de estas obras, tengo motivos para creer que el señor Barros Arana deja algunos trabajos inéditos, principalmente sobre lo que se relaciona con su actuación en la cuestión de límites.

Entre todos sus trabajos históricos hay uno que descuella por su magnitud y por su valor intrínseco. Es la *Historia General*.

* * *

La *Historia General de Chile* ha sido escrita con método narrativo. El autor establece los hechos como pasaron, ajustándose con la mayor estrictez a la verdad y coordinándolos entre sí.

El cuadro de los sucesos políticos y militares se completa con el examen de las obras literarias y del movimiento económico e industrial. Da un lugar considerable en sus prolijas investigaciones a los progresos de la geografía nacional, o sea, el conocimiento del país y de sus costas, y da una idea sucinta pero muy completa de los libros de los viajeros que visitaron nuestro país. Con todos esos elementos dispuestos metódicamente, levantó el edificio completo de la historia nacional, desde que Chile se presentó por primera vez a la vista de los compañeros de Almagro, hasta que echó, en 1833, los fundamentos de su sistema constitucional vigente.

Después de narrar los hechos que sirven de fundamento a la historia, el ilustre escritor acostumbra dar un vistazo general a la época estudiada, en que sintetiza los puntos salientes que merecen llamar más la atención, formando cuadros de gran colorido e interés.

Esta obra monumental, concebida bajo un plan tan sencillo, será el fundamento inamovible de la historia futura. El que quiera profundizar cualquier período de nuestra historia, o deducir de ella la filosofía que encierra, tiene allí acopiados los elementos de esos estudios, con una base de investigación y de verdad que resistirá a la destrucción del tiempo.

Nunca se dice la última palabra en historia, ni considerada como arte, ni como filosofía, ni como investigación, ni como nada. Pero los materiales coordinados en esta grande obra, forman la armazón monumental de un edificio que tiene la solidez del bronce.

Naturalmente algo le falta. Así por ejemplo. Las grandes investigaciones de Medina han arrojado luz completamente nueva sobre el papel de la Inquisición en todos los pueblos de América y entre otros de Chile, lo que fué desconocido, casi del todo, por Barros Arana y Amunátegui. El único que había vislumbrado las infamias de aquel tribunal, era Vicuña Mackenna, por haber conocido uno de los procesos que la Inquisición siguió en Chile.

Es probable también que la historia de la Independencia se pueda modificar algo cuando se conozca la documentación española del siglo XIX que el señor Barros Arana no pudo registrar porque cuando estuvo en España no era permitido hacerlo.

El espíritu que domina en esta obra es el liberal, lo mismo en la apreciación de los hechos sociales que en la de los económicos.

Empleo la palabra liberal, refiriéndome a la política económica, sólo por ajustarse a la terminología, en este caso, porque no concibo que haya liberalismo o conservantismo en materia de negocios que se rigen exclusivamente por el interés.

Da mucha entrada en ella a los sucesos relacionados con el poder eclesiástico, pero siendo notoria la influencia que tenía éste tanto en la colonia como en los primeros años de nuestra vida libre, el autor no habría podido prescindir de ellos sin dejar un vacío en la explicación de los sucesos.

El estilo es notable por la claridad; y por su admirable sencillez. Como la pluma del escritor no trabaja para expresar

lo que dice, el lector no se fatiga de leerlo, a pesar de ser un obra tan larga (16 tomos).

Barros Arana fué quien resucitó en Chile el culto de O'Higgins y de San Martín.

Cuando él empezó a escribir, ambos estaban aplastados por una montaña de prejuicios, y lo que ocurría aquí pasaba en la Argentina.

Chile y la Argentina le negaban entrada a San Martín en el templo de la inmortalidad.

Donde se ha formado la personalidad histórica definitiva de San Martín, es en Chile.

Barros Arana y Vicuña Mackenna dieron a conocer sus trabajos anteriores a 1820, y permítaseme decir que también me cabe parte en esto, porque la *Historia de San Martín*, de Mitre, no avanza nada en materia de documentación y de conocimientos del personaje, a lo que habían dicho aquellos dos eminentes escritores, y a lo que yo había publicado un año antes en la *Expedición Libertadora del Perú*.

* * *

Barros Arana se consagró al estudio desde su más tierna niñez, y como estaba dotado de una gran memoria y de un poder asombroso de asimilación, llegó a una eminencia en materia de erudición, a donde no ha alcanzado hasta hoy ningún otro chileno, probablemente ningún sudamericano.

No había ramo del saber humano en que no pudiese disertar con profundidad, y hasta con brillo. Era raro el libro o autor que no conociera.

El prestigio de su vasta ciencia, la austeridad de sus costumbres, y la independencia de su carácter le habían procurado una situación excepcional.

La Universidad y el profesorado de la República lo miraban como a su jefe nato y lo mismo sucedía con todo el que cultivaba con seriedad algún ramo científico o literario. Unos y otros acudían a él en cualquiera dificultad y aca-

taban su opinión con el culto que se rinde a una tradición, a un maestro.

Nadie en Chile ha tenido en el último medio siglo tanta influencia como él, porque nadie la ha tenido tanta sobre los que dirigen a los demás en el diario, en el libro en la enseñanza.

La cruel enfermedad que lo arrancó de entre los vivos, puso a prueba el vigor de su carácter.

Sólo un día estuvo impresionado: cuando los médicos le prohibieron la lectura. La separación de sus libros, que habían sido los fieles compañeros de su vida, lo entristeció hasta la amargura. Después su espíritu noble y fuerte reaccionó. Hizo testamento, y ordenó sus funerales, pidiendo que fueran modestos como había sido su vida.

Un sacerdote que lo visitaba le habló de la justicia de Dios, y él le contestó: «Si Dios es justo, como usted lo dice, yo estaré a su lado en el otro mundo, porque he cumplido como hombre de bien todos mis deberes en éste.»

Tal fué el Grande Hombre que rodó ayer al abismo oscuro e insondable.

Como el meteoro que cruza la atmósfera para sumirse en el espacio infinito, pasó derramando luz, que será luz permanente en el campo de la enseñanza y de la historia.

RECUERDOS DEL INSTITUTO NACIONAL EN EL RECTORADO DE BARROS ARANA

Entré al Instituto al 3.er año de humanidades en 1866. Tenía 14 años. Era rector don Diego Barros Arana. Los muchachos le llamábamos *Palote*, por la analogía que tenía su cuerpo, largo, muy flaco, algo jibado, con las rayas que hacían los principiantes de clase de escritura.

El rector tomaba poca ingerencia en el régimen interno del colegio pero mucha en lo que se relacionaba con las clases.

Asistía a todas ellas y nos «tomaba la lección». Así se llamaba repetir de memoria la lección del día, porque tal era

el sistema de enseñanza vigente. Pero el señor Barros Arana no se contentaba con eso. Nos dirigía preguntas para ver si entendíamos lo que decíamos, y apreciar la inteligencia del niño. Esto lo hacía en todas las clases. No había ningún ramo de estudios en que él no estuviese preparado para examinar, tanto o a veces más que el profesor del ramo.

Eso le daba un inmenso prestigio entre los muchachos.

Aunque el rector vivía muy separado de nosotros y lo mirábamos ya con cierto respeto supersticioso, no ignorábamos que en su intimidad era jovial y amigo de bromas.

El rector almorzaba en su departamento con algunos profesores de su especial estimación, y uno de sus comensales favorito era nuestro profesor de latín don Juan Domingo Tagle.

El señor Tagle era un hombre respetable, sumamente bondadoso y, como cada cual tiene los defectos de sus cualidades, su gran bondad lo hacía ser muy crédulo y muy aparente para las bromas del rector.

Había consagrado a la enseñanza toda una vida que ya era larga. Tenía orgullo de haber sido profesor de Francisco Bilbao, de Vicuña Mackenna y de don Alejandro Reyes, que entonces figuraba mucho y que gozaba de la reputación de ser un hombre de gran talento.

El señor Tagle se había asimilado de tal modo las locuciones latinas, que las empleaba en la conversación familiar.

A los alumnos nos llamaba *escolares*. A las mujeres que entonces habitaban la ribera sur del Mapocho, que no eran ni las menos pintadas ni las más honestas de esta ilustre ciudad, *ninfas mapuchinas*.

El rector lo convidó un día a almorzar una cazuela, a la que el señor Tagle era muy aficionado, y le había hecho la broma de hacer servir una gran sopera de caldo con poquísimas presas. El convidado revolvía en vano el cucharón por atrapar algunas, y como los comensales se rieran, el rector le preguntó:

—¿Qué le pasa, don Juan Domingo?

Y él, sin soltar el cucharón ni dejar de revolver, le contestó con este verso de Horacio, describiendo un naufragio:

—«*Aparent rari nantes in jurgite vasto.*

(Uno que otro náufrago se divisa en el inmenso remolino.)

El dicho fué muy celebrado y corrió de boca en boca en el colegio.

El rector tenía especial deferencia para algunos profesores, con quienes conservó una amistad estrecha durante toda su vida.

Uno era el doctor Philippi a quien todos respetábamos y queríamos. Lo respetábamos por su ciencia y lo queríamos por su inmensa bondad.

Los muchachos disciernen mucho más de lo que se cree. De ordinario respetan al que vale; al que los domina por la superioridad del carácter o de los conocimientos.

El doctor Philippi era muy discutido entonces, porque acababa de fundar la Cátedra de Historia Natural, y se le atacaba con rudeza en los diarios conservadores, afirmando que enseñaba en ella, que el hombre descendía del mono. Jamás dijo tal cosa Philippi. Al contrario, al hablar de Darwin, declaraba no estar de acuerdo con las conclusiones a que éste llega en sus profundos, geniales estudios, pero hablaba de él con respeto y eso bastaba para encender la guerra que se le hacía. ¡Véase cuánto ha andado el mundo desde entonces!

Hoy, hablar de Darwin con poco respeto entre gente que se precia de ilustrada, se consideraría simplemente o como una ignorancia suprema, o como una mentecatez del mismo calibre.

Los demás profesores que el rector estimaba especialmente, eran don Alejandro Andonaegui, don Diego A. Torres y don Baldomero Pizarro.

Andonaegui es un hombre de mérito sólido, en cualquier sentido que se le considere. Su clase, de que fuí alumno, era muy interesante. Andonaegui inició el estudio de la cosmografía con seriedad. Antes lo que se enseñaba con ese nombre era muy poca cosa, o casi nada.

La clase de química y física la hacía Torres con algunos buenos útiles de laboratorio que el Gobierno había encargado a Europa, por empeños del rector.

El profesor de gramática castellana era Pizarro, hombre de suma modestia y de grandes conocimientos.

Era una naturaleza tan tímida que no se atrevía a levantar la voz en clase, ni a reconvenir a nadie, aunque algo le disgustara. Sin embargo, como reconocíamos su superioridad lo respetábamos, y en esa clase no había jamás disturbios.

Felices tiempos en que la vida se deslizaba sin preocupaciones; sin saber que había Bancos, ni cuadrillas de ladrones calígrafos que asaltan la propiedad a la luz del medio-día; ni crisis económicas; ni cambios ministeriales. ¡Felices tiempos!

Era ecónomo un don Rafael, a quien conocíamos por su nombre. Nunca supe su apellido.

El puesto de ecónomo era de gran importancia, porque corría a su cargo toda la alimentación, lo que quiere decir que don Rafael tenía las llaves de la bodega, que era algo semejante a tener las del cielo. Pero don Rafael cuidaba tanto de sus llaves como San Pedro, y no había sonrisa cariñosa que lo doblegase.

¡Yo no me dejo empalicar! era su contestación a nuestros afectuosos halagos. Recuerdo un incidente a propósito de don Rafael.

En los dormitorios era estrictamente prohibido hablar. Allí había que dormir, se tuviera o no se tuviera sueño. Una noche, aprovechando la ausencia de don Simón Alamos González, que era el Inspector de nuestro curso, los muchachos se pusieron a conversar fuerte, y la sala consagrada al silencio se volvió una algarabía.

De repente aparece en la puerta el Inspector.

Se hace un silencio sepulcral. No se oían sino los ronquidos del sueño. En balde buscaba el inspector a quien castigar. ¡Todos estaban profundamente dormidos!

De repente sale de bajo de una almohada una voz cavernosa. Era la de Victorino Garrido, que de una punta a otra del salón decía con voz afligida, como de quien pide auxilio.

—¡Señor Alamos! ¡Señor Alamos!

—¿Qué quiere, señor?—le dice con grande inflación de voz el interpelado.

—¡«Que me haga el favor de llamar al señor don Rafael para que venga a rodear las chinches, que ya me comen!»

Una carcajada general, unísona, respondió a estas palabras. Todos habían despertado, como por encanto.

Aquello fué en la historia del colegio un hecho gravísimo, que valió a los culpables un severo castigo.

Se ha creído que el rector fomentaba la irreligiosidad. No es exacto. El rector hacía cumplir con toda estrictez las reglas del colegio en materia de religión.

Este ramo lo enseñaba don Juan Escobar, un sacerdote muy bondadoso e inteligente, pero sumamente casuista. El profesor de fundamentos de la fe era don Manuel Orrego, el que fué Obispo de Coquimbo.

Es cierto que no estábamos dispuestos a aceptar en crudo todo lo que nos decían aquellos respetables sacerdotes, porque ya reaccionábamos con cierta vanidad, como que este último ramo se enseñaba en el 5.º ó 6.º año y hacíamos objeciones a nuestros profesores, sacadas de la historia o de la ciencia. Pero aquello se debatía tranquilamente, en forma de conversación en la clase.

Si se llama irreligiosidad tener criterio propio, naturalmente la había; pero no se me alcanza que eso sea un mal, porque sin esa independencia de criterio no se forma la inteligencia ni el carácter.

Fuera de las clases de religión había asistencia obligatoria a misa los Domingos y días festivos. Además, anualmente concurríamos en Cuaresma, a ejercicios que se daban en el mismo establecimiento, y teníamos obligación de confesarnos. La comunión se hacía afuera. Corría de cuenta de los padres.

El rector no ponía ningún embarazo al cumplimiento de todas esas reglas. El no asistía a los ejercicios, ni a las clases de religión o de fundamentos de la fe, como lo hacía a casi todas las demás, lo que bien mirado era una precaución de prudencia, porque calcúlese cuál habría sido el efecto de esta noticia en los centros piadosos de Santiago:

¡Los ejercicios del Instituto los está dando Barros Arana!
O esta otra:

¡Barros Arana dirige las clases de religión!

El que tenía a su cargo los ejercicios era monseñor Eyzaquirre,

Este sacerdote gozaba de gran prestigio en esa época. Se le suponían tendencias liberales, porque se presentaba así por oposición al Gobierno de Pérez. Lo conocí en Europa con alguna intimidad, y lejos de ser liberal, me hizo la impresión de un hombre profundamente reaccionario.

Eyzaguirre era elocuente. Escuchábamos sus sermones de ejercicios con el mayor orden y compostura, porque el orador nos seducía. Estoy seguro que no tuvo por qué quejarse de que en las funciones religiosas que él presidía se notara la menor falta. Prueba de la importancia que tiene que el niño reconozca la superioridad del que lo dirige.

Pretender otra cosa es fomentar la tontera o la hipocresía, porque o esos niños no disciernen o desfiguran sus impresiones y se hacen hipócritas, y esa simulación arrastra consigo la independencia del carácter y el amor de la verdad.

La biblioteca formaba parte esencial de la vida de los estudiantes. Esa biblioteca la había creado y formado el rector, haciéndole regalos de libros y además con los fondos que el Erario le suministraba con parsimonia, porque ni el Fisco era rico, ni el Gobierno manifestaba mucha voluntad por enriquecerla.

La biblioteca se destinaba principalmente al profesorado, en parte al público, y también a los alumnos, y como era consiguiente, tenía toda clase de libros.

Los alumnos no podían sacar sino ciertas obras, y generalmente las relacionadas con los estudios de cada uno.

Las demás eran para el uso exclusivo de los profesores o del público.

De mis compañeros de curso la mayor parte han muerto. Recuerdo entre otros, a Daniel Barros Barros, a Manuel Barros Borgoño, a Ignacio Carrera Pinto, a Angel Custodio Viña.

Una estrecha amistad me ligó siempre con el primero. Era el más excelente amigo que he conocido. Hábil, jovial, valiente, su alma fué un tejido de buenas y nobles cualidades.

Manuel Barros era un estudiante aventajado. No era estudioso, a pesar de que el rector lo vigilaba con especial severidad, pero sin ser un alumno aplicado, al fin del año sabía más que todos nosotros y nos repasaba los exámenes.

x

Ignacio Carrera era un muchacho indisciplinado, pero de alma vigorosa, como lo probó su heroica muerte en el cuartel de la Concepción.

Angel Custodio Vicuña era desde entonces un muchacho de talento brillante. Empezaba a escribir en los periodiquitos clandestinos que circulaban de mano en mano dentro del colegio. Cada artículo de esos tenía tantos críticos como lectores, lo que manifiesta que en Chile despunta desde muy temprano la envidia—, la gran cualidad nacional. Se formaban bandos que, de la crítica literaria pasaban a encuentros, a puñetes, en un patio que estaba relativamente libre de la vigilancia de los inspectores.

Como don Rafael era inseducible, Custodio Vicuña discutió el cómo aumentar la porción de chocolate que le daban en el desayuno. Con un trabajo prolijo taladró un hoyito muy bien hecho en el fondo de la taza y del platillo en que aquel se servía, y otro hoyo igual en la mesa para que el chocolate pasara a un tiesto en que lo recibía debajo de ella. El mozo, que era ordinariamente un huaso de a seis pesos al mes, pasaba de carrera con la chocolatera humeante a llenar las tazas, y cuando Vicuña calculaba que había caldo lo suficiente, tapaba con el dedo la abertura de debajo de la mesa, y el mozo seguía su camino.

Trascurrieron así unos cuantos días deliciosos, abundantes para el afortunado artífice, pero los vecinos no tardamos en darnos cuenta de aquella utilísima invención y le exigimos que llenase, no ya un tiestecito cualquiera, sino una sopera, para que también nos aprovechase a nosotros.

En efecto, un día llega el mozo como de ordinario, y al notar que la taza de Vicuña no se llenaba nunca, abre primero los ojos espantados, y después da un salto atrás diciendo a gritos que la taza estaba *embruja*da.

Resultado. La sopera cayó en comiso, el artista pasó al encierro, y los muchachos nos quedamos ideando otro procedimiento para engañar a don Rafael.

Era punto de honor en el colegio, no acusar jamás. Primero el martirio.

Cuando se cometía una falta y se castigaba a un justo por un pecador—lo que no era raro—aquél soportaba el castigo

sin decir una palabra que pudiera comprometer al culpable. Era tan severa esta ley de honor, que en los años que fuí estudiante del Instituto, no ocurrió jamás el caso de que un niño delatase.

Uno padecía y el otro gozaba con la diablura. ¡Sociedad anónima!

Cada uno de nosotros valía por lo que era capaz de hacer, no por su situación ni su fortuna.

El rector, que tuvo siempre un desdén tal vez exagerado por el dinero, era más duro con los hijos de padres ricos que con los de los pobres. La aristocracia era el talento, el carácter, el estudio. Desgraciado del que hubiera querido alardear con los blasones o con la fortuna de su familia.

El profesor de más importancia en mi curso fué don Miguel Luis Amunátegui.

Amunátegui era una mezcla de talento y de sencillez. Estaba de tal manera ligado a su hermano Gregorio Víctor, que consideraba comunes todas las cosas que les sucedían. Un día llegó a hacer la clase fatigado y se escusó diciéndonos:

—«Hoy no puedo trabajar porque anoche tuvimos un niño.»

El niño era de don Gregorio Víctor. Y se sorprendió de ver la risa general que provocaban sus palabras.

En esa época actuaba en primera línea en la política, y su actuación era muy discutida por los partidos contrarios.

Para ser un gran profesor le faltaba a Amunátegui la metodología. De ordinario se limitaba a tomar las lecciones, y no era raro que, mientras el alumno recitaba la suya, en parte con la ayuda del libro que leía a escondidas o con los soplos de los vecinos, él corregía pruebas de alguna obra en prensa o de algún discurso que había pronunciado en la Cámara. Pero cuando se interesaba por el tema, se terciaba la capa española que no dejó de usar jamás, y tomaba la palabra, los alumnos quedaban suspendidos y admiraban su erudición y sus profundos conocimientos literarios.

Este conjunto armonioso de juventud y de amor al estudio, lo dominaba Barros Arana con el prestigio colosal que tenía entre los que fuimos sus discípulos, y que la mayor parte de nosotros lo conservó toda su vida. Y lo que le ocurrió a mi generación creo que lo ha sentido del mismo modo la siguien-

te, que él alcanzó a educar, lo que explica la enorme influencia que tuvo hasta su muerte.

El rector se preocupaba de tal manera del colegio, que estaba al tanto de lo que estudiaba, de lo que progresaba y de lo que podía esperarse de cada uno de los 800 alumnos externos e internos.

Muchos años más tarde, cuando se trataba de juzgar a una persona, recordaba todos los incidentes de su estada en el Instituto y hacía notar la semejanza entre el estudiante y el hombre formado.

No hay duda: el colegio es la tierra en que germinan las primeras manifestaciones del carácter y la fisonomía moral del hombre se diseña en los primeros años de la vida.

El cariño de nosotros por el rector era recíproco. El señor Barros Arana seguía con particular interés la vida de cada uno de sus antiguos alumnos a quienes él había estimado en el colegio, y cuando alguno de ellos se distinguía, se sentía satisfecho, lo estimulaba y consideraba el triunfo de su antiguo discípulo como triunfo propio.

Algunos de nosotros teníamos por nuestro sabio y venerable rector un respeto que rayaba en veneración.

Era acreedor a él. Vivir para el estudio, en este país donde no se aprecian los conocimientos intelectuales; vivir escribiendo para no ser leído; consagrarse a la ciencia con la fe de un espíritu superior, es algo que excede nuestro nivel social.

Esto se comprende en Europa, no en Chile.

En Europa el talento tiene derechos.

Hay una aristocracia del talento. Nadie le pide sus pergaminos y la sociedad no le tantea el bolsillo para graduarle su estimación.

Conocí en París a Julio Simón viviendo en un cuarto piso del Boulevard Magdalena, en tres o cuatro piezas pobremamente amuebladas, y no había fiesta social que no se honrara de tenerlo entre los invitados.

En Chile falta mucho para que eso suceda, y el sobreponerse al ignorante desdén del público es un mérito tan considerable, que por ese sólo capítulo el señor Barros Arana merece

ser apreciado como un hombre excepcional en nuestro país y en nuestra época.

BARROS ARANA EN LA INTIMIDAD

Yo no tuve el honor de ser de la intimidad diaria del señor Barros Arana. Lo veía de cuando en cuando, pero en esas ocasiones nuestras relaciones eran en cierta manera íntimas. El sabía que yo tenía por él un profundo respeto. Tampoco ignoraba que me había hecho un deber de salir en su defensa, siempre que había sido necesario, en la prensa y en la Cámara.

Hoy experimento esa impresión de respeto con mucha mayor intensidad que antes.

Hoy, que mi sabio rector es sólo una enseñanza y un recuerdo, lo veo más grande, y su noble figura se me representa como el faro de la intelectualidad sud-americana.

En vano busco en el pasado y en el presente, tanto de Chile como del resto de nuestro continente, otro que se le iguale por la variedad y profundidad de los conocimientos y que pueda aspirar con más derechos al título de sabio. En vano busco otro que haya dejado un surco más profundo en la vida social de su país. El tuvo en Chile el cetro de la enseñanza en su mano durante medio siglo, y educó diez o veinte mil jóvenes con un método y una tendencia. Esas diez o veinte mil personas están hoy repartidas y ejercen en silencio la influencia de la educación que recibieron de él.

No me propongo hoy rememorar sus servicios. Me limitaré a presentar al señor Barros Arana tal como era en la intimidad, tomando al acaso algunos recuerdos personales de mis relaciones con él.

Don Diego, así era el nombre con que lo designábamos sus ex-alumnos, era sumamente metódico en su vida. Se levantaba temprano y se encerraba en su escritorio, que a la vez le servía de biblioteca, hasta medio día, en que salía a pie de su casa para ir a hacer sus clases en el Instituto.

Llegaba al Instituto generalmente con una media hora de anticipación y ahí acudían los profesores a saludarle, y se noticiaba de las cosas del día. Cuando se hacía referencia de algún artículo de la prensa, de ordinario manifestaba no haberlo leído ni saber nada, probablemente para estudiar la impresión del que le hablaba, pero yo creo que aquello era un sistema.

Tenía de tal manera metodizado su espíritu que nada lo distraía de sus lecturas diarias. El estudio era en él una pasión incontenible, a que dedicaba invariablemente varias horas cada día. Del mismo modo se había acostumbrado a escribir todos los días, y ese hábito le había creado una necesidad. «Yo no escribo por amor a la gloria, me decía, ni porque se me lisonjee con los apodos tales o cuales. Escribo porque me gusta, porque me descansa, porque me produce agrado.»

Y solamente así, con una despreocupación absoluta de negocios, y con un método invariable de trabajo sostenido durante medio siglo, se comprende que haya podido dejar una verdadera biblioteca escrita por él, y no de obras de imaginación, sino de referencias minuciosas a autores, fechas y personajes.

Hasta hace algunos años, escribía como lo usamos todos, en una mesa, pero en los últimos tiempos lo hacía sentado en una poltrona, extendiendo el papel sobre las rodillas, el cuerpo enrollado, los libros de consulta amontonados en el suelo, al alcance de su mano, y la cabeza cubierta con un gorro de tafetán negro, tal como se le ve en los últimos retratos que hay de él.

En su cuarto de dormir tenía una lámpara de gas, dispuesta de modo que la luz iluminara la cama, y como en los últimos años sufría de insomnios, continuaba sus estudios del día durante la noche, y según me contaba, preparaba así, muchas veces, el trabajo que escribía en la mañana siguiente.

Su sed de saber era insaciable. Se comprende. La ciencia es una cadena imantada. Un eslabón atrae a otro. Los conocimientos se van enlazando entre sí. El noble anhelo de seguir profundizando una materia es un aguijón en los espíritus superiores. Ese aguijón lo sentía don Diego.

Un hombre dominado hasta ese punto por la sugestión del estudio, es un hombre inmaterializado. Así se comprende que siendo un fumador que no abandonaba el cigarro a ninguna hora, mientras fué rector del Instituto lo dejara sin la menor dificultad, cuando su sobrino y su médico, Manuel Barros Borgoño, le manifestó que esa costumbre le hacía mal.

El poeta ha dicho:

En los zarzales de la vida deja
Alguna cosa cada cual.

Don Diego fué dejando todos los que llamamos vicios que constituyen hábitos, pero conservando intacto el de la lectura casi hasta los últimos días.

Don Diego era un charlador infatigable y muy ameno por la variedad de su conversación.

Como sabía tanto, tenía tema fecundo en cualquier materia. Cuando se llegaba a verle en momentos en que su salud estuviese buena, tomaba la palabra y amenizaba la conversación con chistes, de que era pródigo, porque era muy gracioso.

Sus juicios sobre las personas no eran siempre exactos. Los hombres eran para él o muy buenos o muy malos. Ese juicio es generalmente equivocado. Los ángeles y los demonios existen más en la poesía que en la vida real.

Yo me explico esta tendencia de su espíritu por una doble influencia. Tenía una sensibilidad moral muy esquisita y encontraba muy grave cualquiera desviación de la línea recta. Además su prodigiosa memoria le hacía recordar cualquier acto de la vida de un hombre. Cuando recibía una impresión desfavorable de alguien, no la olvidaba jamás. Agréguese a esto que no había tenido el roce de los negocios, que es la verdadera escuela para conocer a los hombres.

Era materia de sorpresa para cuantos trataban al señor Barros Arana, observar la diferencia que había en él cuando hablaba y cuando escribía.

Hablando se le encontraba a menudo apasionado, pero desde que tomaba la pluma en la mano se revestía de un sacerdocio de justicia y de verdad.

Ni aun en sus escritos de polémica incurrió en una frase destemplada, ni en apreciaciones notoriamente injustas.

Pertenecía a una escuela netamente liberal. Su criterio y su pluma vibraban bajo esa influencia, pero cuando llegó el caso de escribir la historia, fué antes que todo, hombre de verdad. Su volterianismo no lo arrastró a aplaudir a Bilbao. Su liberalismo no le impidió trazar uno de los retratos de Fortales más imparciales y verdaderos que se hayan escrito hasta hoy. Ese retrato se encuentra en la *Historia General de Chile*. La misma tendencia no le impidió hacer amplia y duradera justicia a la política del gobierno de Bulnes, y escribir un libro que es un monumento de imparcialidad, y diría de gloria para aquella administración, si no me fuera prohibido, a mí, emplear esa palabra.

Tal vez el único caso en que su pluma se dejó arrastrar por la pasión, fué para levantar a O'Higgins y para deprimir a los Carrera. O'Higgins es grande en su medida, pero don José Miguel Carrera fué útil en la suya al triunfo de la revolución.

El me ha contado que quien determinó el o'higginismo de su espíritu fué el general Prieto, el que conociendo las aficiones literarias del señor Barros Arana en su primera juventud, le recomendaba que se pusiera en guardia contra la tendencia netamente carrerina que tenía entonces nuestra historia y le hablaba de O'Higgins con cariño y veneración.

Don Diego era la crónica viva de esta ciudad de Santiago. Sabía los entroncamientos de todas las familias, y como había conocido mucha gente en su larga vida, salpicaba sus recuerdos con anécdotas de todas ellas.

Siendo en apariencia sencillo y democrático, en el fondo era aristócrata. Tenía vanidad de familia, orgullo de sus antepasados. Manifestaba un respeto muy grande por su padre y cuida de nombrarlo en su *Historia* cada vez que puede.

Hoy la corriente es democrática. Eso puede ser muy bueno, pero tampoco tiene nada de malo que un apellido haga

del honor un culto. Además desde que Darwin probó que las condiciones morales e intelectuales son hereditarias—salvo los irremediables saltos—el principio de familia tiene base científica y por consiguiente es respetable.

El alma de don Diego tenía un gran fondo de ternura.

De otro modo no se explica el culto que rindió a la amistad.

Sus amigos eran sus Dioses Penates.

Los honraba con un homenaje constante. Esos amigos eran don Andrés Bello, el General Mitre, don Aníbal Pinto, los Amunátegui. También profesaba un gran respeto al Presidente Pérez. En la generación actual, para no nombrar sino a los muertos,¹ las afecciones más hondas de su alma fueron para Manuel Barros Borgoño.

Todos tenemos amigos, pero la amistad tenía un sentido especial para Barros Arana. Veneración para los muertos, ternura paternal para los vivos. Ella resistía a todas las pruebas.

La cuestión de límites ofendió profundamente a don Diego. Se creía engañado y burlado porque, según lo aseguraba, lo que había hablado con los estadistas de la República Argentina, siendo Ministro en Buenos Aires y después como negociador del tratado de 1881, y lo convenido de un modo explícito, y sin reserva alguna, era que el límite internacional fuera la línea divisoria de las aguas. Sin embargo, en el calor de aquel agitado debate, recordaba a su amigo el General Mitre con la ternura y el afecto de siempre.

A los Amunátegui les erigió con su sólo esfuerzo la estatua que se levanta en la Alameda, y el haber cumplido ese deber endulzó sus últimos años.

Aparentemente don Diego era una naturaleza brusca. No conocía el halago. Era absolutamente incapaz de decir algo que no pensase y sintiese. Jamás salió de su pluma un elogio que en concepto de él, no fuese merecido.

Su carácter era sumamente independiente. Su noble frente no se inclinó jamás ante el éxito.

Sistemáticamente don Diego era opositor. Un día me decía, riéndose: «He sido gobiernista dos veces. La primera en tiempo de Pinto: semi-gobiernista en tiempo de don Jorge Montt. Yo no sé por qué he de ser siempre opositor.»

¡Era porque no se podía doblegar ante las medianías que levanta la política!

Su alejamiento del Gobierno era sistemático. Cuando trató con Jover la impresión de su *Historia General de Chile*, la única condición que le impuso, fué que no podría solicitar suscripciones del Gobierno. Cuando erigió la estatua de los Amunátegui, ningún personaje oficial descubrió el monumento como es de uso. Don Diego lo erigió y lo descubrió. Entregó el pensamiento y la justicia de aquel homenaje en bronce al pueblo y a la posteridad, sin padrinos oficiales.

El oficialismo se vengó de él con usura. Le cerró el paso al rectorado de la Universidad, tocando recursos que son una vergüenza para el Gobierno que los empleó.

¡El que borró a O'Higgins del escalafón militar, y el que impidió que Barros Arana fuera rector de la Universidad, tienen cuentas pendientes con la Historia!

Le gustaba recordar el pasado y comparar el estado intelectual del país en 1860 y hoy. Sentía orgullo cuando hacía esa comparación.

Es común oír decir que la educación nacional está falseada, porque no se encuentran hombres prácticos para los negocios industriales o científicos, y que, en cambio, hay pléthora de abogados. De esto se deduce un cargo contra Barros Arana.

El cargo es injusto. En todas partes del mundo la educación corre por diversos cauces, que se reúnen en dos grandes colectores. Barros Arana creó uno de éstos. Si el otro, la educación industrial, no se ha planteado con su organismo y personal completo desde la escuela hasta su Universidad especial que sería o una Escuela de Química, como la de Ginebra, o un Politécnico, como el de Zurich, eso no es culpa del señor Barros Arana sino de los Gobiernos, que pudiéndolo hacer no lo han hecho, incurriendo en una gravísima falta. Pero juntar las dos cosas, como se ha hablado de hacerlo, organizando estudios profesionales prácticos, es un absurdo que provocaría la risa de todo educacionista serio. Más fácil que eso es encontrar la cuadratura del círculo.

Don Diego era profundamente liberal. Su liberalismo era el de Amunátegui, el de Julio Simón, el de Laboulaye: liberalismo a la inglesa. Era enemigo de todo lo que fuera imposición. Tenía fe en el progreso, y en la fuerza incontenible del pensamiento.

Un día me decía: «Los que quieren detener el progreso de las ideas, me hacen el mismo efecto que un hombre que quisiera sujetar la catarata del Niágara con una compuerta de álamo.»

En sus últimos días el venerable sabio puso de manifiesto la bondad de su alma.

Los dolores de una cruel enfermedad no le produjeron un momento de mal humor.

Al médico que lo asistió con una dedicación de hijo, el distinguido doctor Sierra, le decía muy pocos días antes de morir: «Quisiera vivir para manifestarle mi agradecimiento; pero no lo voy a poder hacer. Cuide a su viejo amigo que ya se va.»

Al mayor de sus nietos lo exortaba a trabajar diciéndole:

«Me han llamado gran historiador, escritor fecundo. Todo eso es broma. Lo poco que sé me lo he metido yo por fuerza en la cabeza, y me ha costado mucho. Cualquiera puede hacer otro tanto. Trabaja con un propósito serio y pertinaz y dirán lo mismo de ti.»

Esa noble vida se extinguió perfumando su lecho de dolor con palabras afectuosas para todos los suyos, y con recuerdos tiernos para sus amistades ausentes.

El alma de Barros Arana era un conjunto de cualidades nobles, porque aun aquellos aspectos de su naturaleza moral que a primera vista parecen defectos; descansaban siempre en un fundamento de verdad o de rectitud.

1907.

GONZALO BULNES.